

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

EL CURA PÁRROCO DEL SIGLO XIX.

(Conclusion.)

» Segúidle: en otra parte hay satisfacciones de un orden más superior. El gozo de la paternidad, este placer indefinible que es como una segunda caricia de la felicidad conyugal, ha congregado algunos deudos y amigos y el cura párroco debe también participar de aquel júbilo; tiene el derecho legítimo, ya que no exclusivamente, de recibir al infante del seno de esta naturaleza toda mortal, para darle una existencia de duración toda perpétua; de trasportarle del mundo antiguo á un nuevo mundo regenerado con los prodigios y con la sangre del Hijo maravilloso de una Virgen; de hacer pasar del reinado del error al reinado de la verdad, de las tinieblas á la luz, de la culpa á la gracia, desde Satanás hasta Dios. Pero esta hermosa transacción que obra al poder de su Verbo y de unas gotas de agua, líquido santificado por el contacto divino de Jesús há cerca de veinte siglos allá en regiones remotas no muy distantes de Nazaret; esta especie de mila-

grosa peripecia, que no se lee en más historias que en la historia del cristianismo, apenas es apreciada por los mismos cristianos en cuya presencia se verifica. Un nombre gracioso para esa criatura, un proyecto para su porvenir, que haga el amor ó el orgullo de los padres, el reconocimiento de belleza ó de semejanza de semblantes, las galas que le adornan en el acto, cualesquiera pensamiento frívolo destruye al pensamiento religioso, y casi no se descubre lo augusto y solemne de la ceremonia; no se ve en el unguento del santuario al que entonces es un sucesor de aquel Angel del desierto que en las sagradas riberas del Jordán bautizó al Autor del bautismo.

» Tampoco se sorprende el cura de una consecuencia tan natural como injustificada, bien del indiferentismo de las generaciones actuales hácia todo lo piadoso, bien de la imbecilidad del hombre inherente á sus imperfecciones, hijas de la primera trasgresión de la voluntad eterna. « ¡Incautos! dice tal vez al separarse de aquella bulliciosa reunión. » Acogeis ciegamente esa dicha de un instante, imperceptible aun en la breve